



### CAPITULO III

TÍTULOS.—INSIGNIAS Y TRAJES.—OTRAS SEÑALES DE CLASE.—MODAS.  
PASADO Y PORVENIR DEL CEREMONIAL

**A**DHIRIÉNDOSE tenazmente á todo lo aprendido de sus antecesores, no lo desecha el hombre primitivo para adoptar cosas nuevas, sino mediante modificaciones no premeditadas. Todo el mundo sabe ahora que los idiomas no son un producto de la voluntad, sino de una evolucion; lo mismo pasa con las costumbres. A las numerosas pruebas que de ello tenemos, han añadido otras los precedentes capítulos.

Otro tanto sucede con los títulos. De considerarles tal como ellos existen hoy, parecen un producto artificial. Podría creerse que hubo un tiempo en que estos títulos fueron creados concienzudamente; pero no es más cierto eso de lo que lo es, que las palabras de nuestro idioma vulgar fueran creadas con conciencia. Los nombres de los objetos, de las cualidades y de los actos, fueron al principio directa ó indirectamente descriptivos; los nombres que llamamos títulos, lo fueron también. Así como el sordo mudo que recuerda á alguno una particularidad con su mímica, no piensa en crear un símbolo, tampoco el salvaje piensa en ello cuando indica el lugar en que murió un kanguro ó en que cayó una roca; tampoco piensa en ello cuando designa á un individuo recordando algunos rasgos conocidos de su exterior ó algún hecho de su vida; ni tampoco cuando da los nombres literal ó metafóricamente descriptivos que de tiempo en tiempo se convierten por evolucion en títulos.

La misma concepcion de un nombre propio se originó indeliberadamente. Entre los salvajes un niño es conocido con el nombre de *Trueno* ó *Luna nueva* ó *Padre, ven á la casa*, solo por consecuencia de la costumbre que hay de recordar un acontecimiento sobrevenido el día del nacimiento de este niño, como un medio de dispartar la idea particular del niño que se tiene á la vista. Si posteriormente el niño recibe un nombre tal como el de *Cabeza de calabaza* ó *Silla súa* (nombres dacotahs), *Gran arquero* ó *El que sube la colina* (nombres de los Piés Negros), depende de que se hace uso espontáneamente de otro medio de identificacion mejor á veces. Evidentemente lo mismo sucede con los nombres ménos necesarios que se llaman títulos. Estos se diferenciaron de los nombres propios ordinarios en que eran descriptivos de algun rasgo, ó de algun acto, ó de alguna funcion, considerados como honrosos.

Diferentes razas dan á un hombre un nombre de reputacion que se añade á aquél bajo el cual era antes conocido ó que toma el lugar de este nombre con ocasion de una brillante proeza llevada á cabo en una batalla. De ello hallamos un buen ejemplo en los Tupis. «El fundador de un festin (canibal) tomó un nuevo nombre, como memoria honrosa de lo que acababa de suceder, y las mujeres parientas suyas corrian por la casa anunciando á gritos el nuevo título.» «El tupi, dice Hans Stade, se da á sí mismo tantos nombres cuantos son los enemigos que mata, y los más nobles de este pueblo son los que tienen muchos nombres de esos (1).» En la América del Norte, cuando trae su pri-

(1) R. Southey. *History of Brazil*. London, 1810 I, 222.

mera cabellera un jóven indio crik, se le consagra hombre y guerrero y recibe un *nombre de guerra*. Entre los naturales de la antigua Nicaragua esta costumbre creó un título general para estos hechos de guerra: al que habia muerto en batalla á un enemigo se le daba el nombre de *tapalique* (1), y los indios del istmo de Panamá expresaban esto mismo con el título de *cabra*.

Se vé que estos nombres descriptivos de honor, nacidos durante la época militar primitiva, se hacen nombres oficiales en ciertos casos; compárense los hechos que se observan en dos pueblos sanguinarios y canibales en diferentes grados de progreso. En las islas Fiji «los guerreros de nota reciben títulos sonoros, tales como *El distribuidor* de una provincia, *El devastador* de una costa, *El devastador* de una isla; el nombre del lugar de que se trata se añade al epíteto (2).» Por último, en el antiguo Méjico, entre otros nombres de cargos desempeñados por los hermanos del rey ó sus parientes más cercanos, pueden citarse los títulos de *Partidor de hombres* y *Vertedor de sangre* (3).

Cuando, entre los Fijianos por ejemplo, no existe ninguna idea vaga de la distincion entre los hombres y los dioses, y que el número de éstos se acrecienta sin cesar por la apoteosis de los jefes, los dioses llevan nombres parecidos á los que recibian los guerreros feroces durante su vida. Los nombres de *Raptor de mujeres*, *Comedor de sesos*, *Matador*, *Osado en la carnicería*, son naturalmente los títulos divinos derivados de nombres descriptivos en uso entre canibales dedicados al culto de los antepasados. Lo que prueba que muchos nombres de dioses adorados por razas superiores, se originaron de este modo, es que se atribuyen conquistas á estos dioses. Ya se trate de los dioses de Egipto ó de los de Babilonia ó de Grecia, su poder se considera adquirido en las batallas; y al relato de sus proezas se añaden á veces nombres descriptivos que concuerdan con sus actos; Marte por ejemplo se llama *El que mancha de sangre*; el dios de los Hebreos se llama *Violento*, traduccion literal de la palabra Shaddai, segun Kuenen.

Entre los hombres primitivos, el nombre de honor metafóricamente descriptivo, reemplaza en general al descriptivo literal. Los Tupis, acerca de los cuales acabamos de recordar la ceremonia que entre ellos tiene lugar cuando toman los hombres nombres de guerra, «escogen sus denomina-

(1) Oviedo. *Historia General*, lib. XXIX, c. 12

(2) Williams and Calvert. *Fiji*. I, 55.

(3) Duran. *Historia de las Indias, etc.* I, 208.  
Tomo III

ciones entre los nombres de objetos visibles; la ferocidad ó el orgullo son las que determinan su eleccion (1). Estos nombres, dados al principio espontáneamente por los compañeros que aplauden, concedidos luego de una manera más reflexiva, pueden convertirse en títulos de hombres de un gran poderío, y por consiguiente, de los nombres de jefes. Lo que Ximenes nos enseña respecto de los pueblos semi-civilizados de Guatemala, nos lo hace suponer. Nos cita una lista de nombres de sus reyes, entre los cuales los vemos que se llaman *Tigre risueño*, *Tigre del bosque*, *Águila opresora*, *Cabeza de águila*, *Serpiente vigorosa* (2). Lo mismo pasó en toda el África. El rey de los Achantis, entre otros títulos lleva los nombres de *Leon* y *Serpiente*. En Dahomey, los títulos de esta naturaleza se expresan superlativamente; el rey se llama el *Leon de los leones*. En este mismo sentido, el rey de Usambara lleva el nombre de *Leon del cielo*, título que naturalmente dará origen á mitos si llega este rey á recibir la apoteosis (3). En los Zulús, entre ejemplos del mismo hecho, vemos probada la manera cómo estos nombres de honor sacados de objetos imponentes animados ó inanimados, se unen á nombres de honor que proceden de otras partes y pasan á algunas de las formas de discurso de que hemos hablado antes. Los títulos del rey son: *Tú, que siempre eres*; *Tú, que estás tan alto como los cielos*; *El sér negro*; *Tú, que eres como el ave que devora á las demás aves*; *Tú, que eres tan alto como las montañas*; etc. (4). Shooter nos enseña cómo los Zulús usan de estos títulos. Véase un fragmento de un discurso dirigido al rey: «Vos, montaña; vos, leon; vos, tigre; vos que sois negro, nadie hay que sea igual vuestro (5).» Además, tenemos la prueba de que los nombres de honor de este origen se convierten en títulos que se aplican á la posicion ocupada más bien que á la misma persona que la ocupa; en efecto, la esposa de un jefe cafre se llama *la elefanta*, mientras que su primera mujer se llama *la leona* (6).

Guiados por estas indicaciones, no podemos excusarnos de deducir que el uso de nombres análogos tanto para los reyes como para los dioses, entre las razas históricas extinguidas, tuvo el mismo origen. Cuando ahora en Madagascar, vemos al rey recibir entre otros títulos el de *Toro poderoso*, y recordamos

(1) Southey. *History of Brazil*, I, 239.

(2) Ximenes. *Las Historias* etc. 163.

(3) Rev. Dr. Krapf. *Travels, Researches and Missionary Labours in East Africa*. 1860, 395.

(4) Capt. Gardiner. *Narrative* etc. 91.

(5) Rev. Mooter. *The Kaffirs of Natal and Zoolu Country*. London, 1857, 290.

(6) Id. *ibid.* 98.

que el conquistador Ramsés habia recibido de sus enemigos vencidos un nombre laudatorio semejante, bien tenemos el derecho de concluir que los nombres de animales, dados de esta suerte á los reyes, son el origen de los nombres de animales dados antiguamente como títulos de honor á los dioses; así es como en Egipto Apis se ha convertido en sinónimo de Osiris y del Sol, y como el Toro se ha hecho igualmente un sinónimo del héroe conquistador y del dios-sol Indra.

Con los títulos tomados de objetos inanimados imponentes sucede lo mismo. Vimos cómo entre los Zulús el cumplimiento hiperbólico usado para los reyes: *Tú que eres tan alto como los montes*, pasa de la forma de una comparación á la de una metáfora, cuando se le dice: *Vos montaña*. El mismo nombre metafórico se hace á veces un nombre propio; hallamos la prueba de ello en las islas Samoa, donde, como hemos visto, el jefe de los Pango-Pangos se llama *Maunga* ó *montaña* (1). Sabemos que diversos pueblos, dedicados al culto de los antepasados, emplean títulos derivados del mismo origen. Los Chinuks, los Navajos y los Mejicanos de la América del Norte, así como los Peruanos en la del Sud, consideran como dioses ciertas montañas; y pues estos dioses tienen otros nombres, necesario es suponer que por cada uno de ellos, un hombre elevado á la categoría divina recibió como título el nombre genérico de montaña ó el de una montaña particular, como ha sucedido en Nueva-Zelanda. De las comparaciones honoríficas con el sol no solo derivan los nombres de honor de personas y de nombres divinos, sino tambien títulos de funciones. Los Mejicanos llamaban á Hernan Cortés *El sol naciente*, y los Chibchas daban á los Españoles en general el nombre de *Hijos del sol*. Este nombre de *Hijos del sol* estaba en uso en el Perú donde se empleaba como un cumplido para las personas muy hábiles; y los Incas, considerados como descendientes del sol, gozaron uno tras otro este título. Estos ejemplos nos permiten comprender como el nombre de *hijo del sol* pudo llegar á ser el título que tomaron sucesivamente los reyes egipcios al lado del nombre que los distinguia individualmente. Para esclarecer este punto, así como algunos otros, citaré el relato de una recepcion en la córte de Birmania, la cual tuvo lugar despues de la publicacion de lo que precede:

«Un heraldo tendido boca abajo leyó mis credenciales en alta voz. Hé aquí su traduccion literal: Fulano de Tal, gran periodista del *Daily News* de Lón-

(1) Capt. Erskine. *Journal of a Cruise*, etc. 43.